LA IMPRONTA DE LARRA EN HISPANOAMÉRICA EN EL BICENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA

EVA M.ª VALERO JUAN
Universidad de Alicante

En el año del Bicentenario de la Independencia hispanoamericana, una reflexión sobre la huella de Larra en las obras que componen la tradición decimonónica de América Latina resulta ser una entrada idónea en la literatura de la emancipación, que va a ser tema principal del hispanoamericanismo en los numerosos seminarios y congresos de la conmemoración en el presente 2010. La idoneidad del tema viene dada, en primer lugar, por el hecho de que el costumbrismo se construyó como la corriente literaria que dio forma escrita a la emancipación política y cultural hispanoamericana. Es decir, que el costumbrismo fue vehículo principal del que se valieron los escritores para retratar la sociedad de aquellas décadas que parten de 1810, cancelando la temática colonial para privilegiar un presente en el que lo urgente era solidificar las bases de la identidad nacional; una identidad que en cada país se pretendía homogeneizar a través de la fijación de tipos, usos y costumbres, y para lo cual el cuadro costumbrista y la emergencia del periodismo crítico fue crucial.

A este arraigo del costumbrismo en el sentir y el proyecto independentista, viene a unirse la evidencia, a través de numerosos testimonios, de la huella que Larra —primero crítico literario y costumbrista, y finalmente escritor político— dejó no sólo en la escritura de autores costumbristas principales como Guillermo Prieto, en México, o Felipe Pardo y Aliaga, en Perú, sino, lo que resulta más importante, en la actitud crítica y combativa de muchos otros autores —políticos— que, pasadas las primeras décadas del siglo XIX, tuvieron que lidiar en sus países por romper el yugo de herencias coloniales que la Independencia no sólo no canceló, sino que en determinados aspectos agravó. Manuel González Prada (principal ideólogo del primer indigenismo en Perú a finales del siglo XIX), Juan Bautista Alberdi o Domingo Faustino Sarmiento (protagonistas de la lucha contra la dictadura de Juan Manuel de Rosas en Argentina) son algunas de las figuras más relevantes en la recep-

ción de la impronta de Larra, pues abanderaron en sus respectivos países el combate al oscurantismo y a las estructuras caducas de la sociedad en unas décadas cruciales para la construcción de las nuevas naciones latinoamericanas surgidas de la Independencia, guerras civiles y entre naciones, y procesos dictatoriales posteriores.

En todo caso, antes de adentrarnos en estas dos líneas de estudio sobre la vigorosa influencia de Larra en Hispanoamérica —en el costumbrismo y en el ensayo político e ideológico—, creo necesario remarcar una idea que fue apuntada por Federico Álvarez Arregui con el fin de precisar, después, las motivaciones de tal proyección y arraigo al otro lado del Atlántico: "La estrella de Larra comenzó a bajar en España al día siguiente de su muerte. En América sucedió todo lo contrario" (Álvarez Arregui, 1979: 310). Este contraste es visualizado por Arregui con un recuento de las críticas, repudios o silencios que Larra sufrió en España en las décadas posteriores a su muerte, que contrasta con la acogida que su obra y su combativo perfil político tuvieron en los países hispanoamericanos. En Cuba, Arregui cita a Domingo Delmonte —que difundió a Larra en su país desde 1828— y a José M.ª de Heredia como gran lector de Larra, además de los diversos homenajes que desde la isla se realizaron tras su muerte y que protagonizó la generación romántica, así como la admiración posterior de José Martí; en México[1] son también los románticos, y en general todos los liberales, quienes prodigan devoción a Larra, siendo Guillermo Prieto —a quien más adelante me referiré— el más destacado deudor de *Fígaro*; en Argentina[2], el grupo de intelectuales congregados en torno a la "Joven Generación Argentina" también utilizaron los argumentos políticos de Larra en su lucha contra la dictadura de Rosas: no sólo lo elogiaron —como vamos a ver en el texto de Domingo Faustino Sarmiento— sino que incluso algunos se consideraron verdaderos discípulos de Larra (tal es el caso de Juan Bautista Alberdi, padre de la constitución de la nación argentina); en Ecuador, Juan Montalvo, que además de escritor fue también uno de los más contundentes animadversarios de la tiranía de García Moreno, reconocía ser "escritor novel de la escuela de *Fígaro*"; en Chile otro tanto ocurre con José Victorino Lastarria, escritor y político principal del ámbito cultural chileno del siglo XIX; por último, en esta misma línea se sitúan el intelectual puertorriqueño José María de Hostos y, como ya he adelantado, el peruano Manuel González Prada.

1 Véase María Esther Pérez Salas, *Costumbrismo y litografía en México*, y Jefferson Rea Spell, "The Costumbrist Movement in Mexico".

2 Véase Paul Verdevoye, *Costumbres y costumbrismo en la prensa argentina (1801-1834)*.

De este recuento realizado por Álvarez Arregui se deduce que precisamente fueron los principales intelectuales del liberalismo hispanoamericano decimonónico, que protagonizaron el proceso de emancipación cultural hispanoamericana, y que por ello en muchos casos fueron grandes animadversarios del mantenimiento de la supremacía cultural de España en América, quienes acogieron, aclamaron y heredaron el pensamiento de Larra. Obviamente el límite de este artículo no me permite adentrarme en el influjo de Larra en cada uno de ellos, por lo que me detendré solamente en las figuras de González Prada, Alberdi y Sarmiento (con necesarias alusiones en el caso argentino a Esteban Echeverría), no sin antes hacer una breve parada en las huellas de Larra en el costumbrismo hispanoamericano en su acepción específica, es decir, en los cultivadores del cuadro o artículo de costumbres.

La influencia de Larra en el costumbrismo hispanoamericano

El ensayista mexicano José Luis Martínez dio la clave para comprender el calado de la influencia del costumbrismo en Hispanoamérica:

> La boga que alcanzó el costumbrismo, sobre todo en Perú, México, Cuba, Colombia, Chile y Venezuela, no se debía exclusivamente al deseo de imitación de los modelos españoles —Mesonero Romanos, Larra, Estébanez Calderón— sino que respondía también a la urgencia de identificación que sentían nuestros escritores y a aquella búsqueda de expresión nacional y original. (Martínez, 1972: 37)

De hecho, el costumbrismo siguió cultivándose en Hispanoamérica, en convivencia con otras corrientes literarias, hasta comienzos del siglo XX. La explicación más lógica se encuentra en esta coincidencia histórica del movimiento costumbrista y la independencia, por lo que otro mexicano, Carlos Monsiváis, apunta:

> No será posible integrar la nacionalidad sin saber cómo vestimos, qué comemos, cómo disfrutamos de las tertulias, de qué manera encarnamos el sentimiento heroico, qué leemos, qué nos apasiona, qué bailamos, qué tipos populares admiramos o tenemos o nos divierten, en qué muebles distribuimos nuestros afanes de conversación memorable y sociedad esplendente. (Monsiváis, 1980: 348)

Al afán por fijar ese retrato de la sociedad y, por tanto, al propósito de determinar y homogeneizar una identidad que diera base al proyecto de constitución nacional, se dedicaron dos de los principales costumbristas hispanoamericanos: Felipe Pardo y Aliaga, en Perú, y Guillermo Prieto, en

México, por seleccionar sólo a dos figuras paradigmáticas entre la hornada de costumbristas que hubo en ambos países.

Sobre el primero de ellos ha investigado con profundidad y grandes aciertos en sus conclusiones Jorge Cornejo Polar, a quien se deben los estudios más importantes sobre el costumbrismo en Perú y sobre sus relaciones con el español. En su libro *Felipe Pardo y Aliaga, el inconforme*, desarrolla una tesis que había venido anunciando en trabajos previos como "Relaciones entre el costumbrismo peruano y el español" y "Costumbrismo y periodismo en el Perú del siglo XIX"[3]. Teniendo en cuenta las fechas en que Pardo y Aliaga estuvo en España, cuando todavía no habían comenzado a publicar sus textos ni Estébanez Calderón, ni Mesonero Romanos, ni Larra, Jorge Cornejo concluye:

> ...durante su estancia en Madrid, Pardo debe de haber leído a todos o algunos de estos escritores franceses [en referencia a los más influyentes en España: Sébastien Mercier, Victor Joseph Étienne (Jouy), Paul Losui Courier y Henri Monnier] antes de que pudiese haber leído lo central de la producción española de cuadros de costumbres que se inicia en 1828 [...] Posteriormente y ya en Perú, Pardo unió en un solo conjunto de textos franceses y españoles sus lecturas de artículos de costumbres. [...] Felipe Pardo en España descubre el lado teatral del costumbrismo en las comedias de Bretón de los Herreros y de Moratín y en los sainetes de Ramón de la Cruz, y hace otro tanto con la modalidad llamada cuadro o artículo de costumbres en autores franceses y tal vez en los textos de Miñano y en los artículos primerizos de Mesonero. (Cornejo, 2000: 36)

Es decir, que Felipe Pardo conoció en profundidad la obra de Mesonero o Larra, a quienes cita, pero "este descubrimiento tiene que haberse producido, por las razones cronológicas señaladas, no en España sino en Perú" (*ibidem*: 34), donde publicó sus famosos cuadros de costumbres, entre los que destaca "El niño Goyito", y fundó el periódico costumbrista *El espejo de mi tierra* (1840).

En todo caso, Pardo fue un conservador reformista, y su seguimiento del costumbrismo no iba más allá de la crítica de costumbres para su mejoramiento. Sin embargo, la influencia de Larra en el mexicano Guillermo Prieto no se queda en la mera impronta literaria sino que va mucho más allá, tiene otro cariz que se concreta en el perfil del político republicano que utilizó el artículo de costumbres y la prensa periódica como tribuna desde la que crear una conciencia liberal nacional. Sobre la influencia de Larra en Guillermo

3 Ambos artículos se encuentran recogidos en el libro compilatorio de estudios de Jorge Cornejo Polar titulado *Estudios de literatura peruana*. Véase también el libro del mismo autor, *El costumbrismo en el Perú. Estudio y antología de cuadros de costumbres*.

Prieto —considerado su más fiel seguidor en México—, Monsiváis abunda en la cuestión identitaria como base fundamental del enraizamiento del costumbrismo en el período post-independentista y fundacional de las nuevas naciones:

> La suya es una visión típicamente fundadora: el costumbrismo que inspirado en la obra de Larra entusiasmaba a Prieto no es devoción de aldea sino inicio beligerante; nuestras costumbres *son la primera utopía* que inadvertidamente habitamos, el molde imprescindible para averiguar nuestra identidad y vislumbrar nuestro porvenir. (Monsiváis, 1980: 348)

Desde 1840, Guillermo Prieto desarrolló una intensa actividad en el ámbito del periodismo político y social, con colaboraciones en una larga lista de periódicos liberales de la época[4]. Pero me interesa ante todo recordar el artículo titulado, significativamente, "Literatura nacional", de 1845. Tras realizar un severo cuadro crítico de la historia mexicana desde la conquista hasta la mitad del siglo XIX, Prieto advierte con clarividencia esa cualidad fundadora del cuadro de costumbres señalada por Monsiváis: "Los cuadros de costumbres eran difíciles, porque no había costumbres verdaderamente nacionales, porque el escritor no tenía pueblo, porque sólo podía bosquejar retratos que no interesasen sino a un reducido número de personas" (Prieto, 1962: 221). Pero tal dificultad no impide la realización inmediata de una defensa del artículo de costumbres como género idóneo para la tentativa de una literatura nacional, imprescindible en el proceso de emancipación cultural posterior a la política:

> Si la primera de nuestras necesidades, como yo creo, es la de la morigeración social, si el verdadero espíritu de una revolución verdaderamente regeneradora ha de ser moral, los cuadros de costumbres adquieren suma importancia, aunque no sea más que poniendo a los ojos del vulgo, bajo el velo risueño de la alegoría y entre las flores de una crítica sagaz, este cuadro espantoso de confusión y desconcierto que hoy presentamos. (*ibidem*: 223)

Y cita a Larra como maestro indiscutible en este empeño en el que él aparece como precursor en su país:

> Cierto es que para esto se necesitaba la pluma de *Fígaro*; pero estos hombres no nacen en la cuna de las sociedades, y mucho avanzan los que abren una senda, por más que el buen éxito no corone sus esfuerzos. Esto es más noble en México, donde lo que existe en literatura, bueno o malo, con pocas

4 Entre los principales cabe señalar *El Siglo Diez y Nueve*, *El Ateneo Mexicano*, *El Museo Mejicano*, *Revista Científica y Literaria de Méjico*, *El Porvenir*, *Don Simplicio*, o *La Chinaca* (del que fue fundador).

excepciones, lo decimos con orgullo, es obra de los esfuerzos aislados de una juventud eminentemente patriótica y generosa. (*Id.*)

El influjo de *Fígaro* en Fidel —tal era su pseudónimo— es muy notorio a lo largo de su obra y en las frecuentes menciones del mexicano al español. Pero sobre todo he querido señalar, para enlazar con la segunda parte del artículo, la influencia sobre Prieto no sólo en el cultivo del artículo costumbrista sino también en esa actitud beligerante que otras tantas figuras hispanoamericanas ya citadas, que profesaron culto a Larra pero que no cultivaron el costumbrismo, mantuvieron durante el siglo XIX. Veamos a tres de las principales.

La estela de Larra en el pensamiento latinoamericano decimonónico

Como he adelantado al comienzo, por contraposición con la intelectualidad española decimonónica, que en unos casos denostó y en otros ninguneó a la figura de Larra, resulta muy interesante observar su revalorización por parte de los principales pensadores latinoamericanos del siglo XIX. El motivo debe buscarse en el debate identitario que, al calor de la Emancipación, suscitó la necesidad de emancipación cultural respecto a España. El debate generó encendidas discusiones entre la intelectualidad española e hispanoamericana en el siglo XIX, por las reticencias de algunos españoles a reconocer la diferencia e independencia de las culturas y literaturas nacionales emergentes. Ello motivó una confrontación que se prolonga hasta comienzos del siglo XX pero que, por otro lado, también forjó un especial encomio desde Latinoamérica hacia aquellos pensadores españoles que se situaran, precisamente, en una línea crítica y de denuncia social. Tal fue el caso de Larra, cuya influencia principal en el ámbito cultural latinoamericano debe verse, fundamentalmente, en la huella que imprimió en aquellas figuras principales que generaron en el siglo XIX un rotundo discurso crítico con la realidad social, cultural y política de sus propios países. Entre ellos, cabe destacar, en el ámbito peruano, a Manuel González Prada, principal ideólogo del indigenismo en sus orígenes; y en el ámbito argentino, a Juan Bautista Alberdi y a Domingo Faustino Sarmiento, que en su obra *Facundo, civilización y barbarie* creó el principal debate histórico y cultural sobre la realidad hispanoamericana en sus orígenes post-independentistas, a través de la dialéctica entre civilización y barbarie.

Cuando en noviembre de 1837 apareció en Buenos Aires, dirigido por Juan Bautista Alberdi, el periódico *La Moda* —cuyo principal objetivo, como tribuna de expresión de la "Joven Generación Argentina" congregada en torno a la figura de Esteban Echeverría, fue el ataque al rosismo, así como la difusión de las ideas en boga en Europa— la influencia de Larra, que se había

suicidado pocos meses antes, no se dejó esperar. El propio Alberdi firmó sus artículos con el pseudónimo de *Figarillo*, y la justificación de este pseudónimo, como apunta Eduardo Segovia Guerrero, es un verdadero homenaje al romántico español. La encontramos en el n.º 4 de *La Moda*, con fecha de diciembre de 1837:

> Por muchas razones me llamo Figarillo y no *Fígaro*. Primero, porque este nombre no debe ser tocado ya por nadie, desde que ha servido para designar el genio inimitable cuya temprana infausta muerte lloran hoy las Musas y el siglo [...] Me llamo Figarillo y no otra cosa, porque soy hijo de *Fígaro*, es decir, soy un resultado suyo, una imitación suya, de modo que si no hubiese habido *Fígaro*, tampoco habría habido Figarillo: yo soy el último artículo, por decirlo así, de la obra póstuma de Larra. (Alberdi, 1938)

Con esta rotunda declaración de quien se considera fiel discípulo, Alberdi se refirió a Larra o utilizó fragmentos de sus artículos en numerosas ocasiones. Así por ejemplo, en un artículo de 14 de abril de 1838, titulado "Reacción contra el españolismo", Alberdi utilizó las palabras de Larra para denunciar la situación de Argentina que, paradójicamente, venía a coincidir desde su punto de vista con la España del momento, de modo que las palabras de *Fígaro* podían aplicarse perfectamente a la historia de su propia nación. Españoles y argentinos venían a hermanarse así en el sufrimiento provocado por una historia compartida:

> Solamente el tiempo, dice Larra, las instituciones, *el olvido completo de nuestras costumbres antiguas* —esas que nosotros también queremos y debemos olvidar—, pueden variar nuestro obscuro carácter. ¡Qué tiene esto de particular en un país, en que le ha formado tal una larga sucesión de siglos en que se creía que el hombre vivía para hacer penitencia! ¡Qué, después de tantos años de gobierno inquisitorial! Después de tan larga esclavitud es difícil saber ser libre. Deseamos serlo, lo repetimos a cada momento; sin embargo, lo seremos de derecho mucho tiempo antes de que reine en nuestras costumbres, en nuestras ideas, en nuestro modo de ver y de vivir la verdadera libertad. Y las costumbres no se varían en un día, desgraciadamente, ni con un decreto; y más desgraciadamente aún, un *pueblo no es verdaderamente libre, mientras que la libertad no está arraigada en sus costumbres, o identificada con ellas* (*Fígaro*, "Jardines públicos").

A lo que añade:

> Pero nuestros publicistas no han pensado a este respecto como Montesquieu, como Tocqueville, como Larra, sino que lo han esperado de las constituciones escritas. Se han escrito muchas y no tenemos ninguna. Podemos pues continuar despreciando las costumbres, es decir, las ideas, las creencias,

las aptitudes. ¿Qué tienen que ver ellas con la constitución de los pueblos? (Alberdi, 1938)[5]

Aquella combativa tribuna que fue el periódico *La Moda* tuvo una vida muy efímera: veintitrés números que concluían en abril de 1838, pasando a la clandestinidad hasta finales de ese mismo año, cuando Alberdi se exilió a la vecina Montevideo, en el mes de noviembre. Pero el impulso de la acción combativa de aquellos años no cesaría con el exilio de la intelectualidad ilustrada de Buenos Aires, y encontraría otros medios de canalización fuera del país. Así por ejemplo, otro periódico, *El Iniciador* de Montevideo, fundado el 7 de abril de 1838 por Andrés Lamas y Miguel Cané (íntimo amigo de Alberdi), prosiguió la línea temática —política, social e ideológica— de *La Moda*. El primer artículo del periódico, titulado "Introducción", es un editorial en el que se plantearon los objetivos del periódico, y resulta significativo que hacia el final se anunciara que en *El Iniciador* se publicarían artículos de Larra, de quien ya se habían editado en Montevideo dos tomos de artículos[6] y que era un verdadero ídolo literario entre los jóvenes (*Cf.* Ghirardi: 4). Alberdi participó de forma muy activa en este periódico con colaboraciones que en ocasiones ya se habían publicado en *La Moda* y con nuevos artículos en los que continuó firmando con el pseudónimo de *Figarillo*[7]. La hispanofobia que rezuma un artículo como "¿Qué nos ha hecho la España?" —en el que la queja principal se cifra sobre la persistencia en el tutelaje cultural español: "después de habernos gobernado por su autoridad, hoy nos gobierna por su espíritu"— tiene otro desarrollo en el ya citado "Reacción contra el españolismo" (que apareció nuevamente al final del número 7, con fecha 15 de julio de 1838), cuya idea principal se encuentra formulada de manera rotunda cuando

5 En el mismo artículo, Alberdi proclama su queja ante los intentos de España por mantener su tutelaje en las nuevas repúblicas hispanoamericanas: "¿Y no es la España misma la que proclama hoy todas estas verdades, la que se agita por arrojar su antigua condición, por dejar de ser lo que era, por transformarse en otra nación nueva y diferente? ¡La misma España persigue a la España; y se nos hace un delito a nosotros de que la persigamos! La joven España, la hermana nuestra, porque venimos de un mismo siglo, se burla de la España vieja, la madrastra nuestra: ¿y nosotros no tenemos el derecho de burlarla?" (Alberdi, 1938).

6 *Colección de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres, publicados en los años 1832, 1833-34 y [1835-36] en el Pobrecito Hablador, la Revista Española, el Observador, [la Revista Mensajero y el Español]*, Montevideo, Imprenta Oriental, 1837-38, 2 vols. En 1938 se publicó también en Montevideo: *Artículos de costumbres: filosóficos, satíricos, literarios y políticos*, con una conferencia que el Dr. Gustavo Gallinal pronunció en el Ateneo de Montevideo, Montevideo, Claudio García y Cía.

7 Olsen A. Guirardi ofrece detallada información sobre los artículos publicados por Alberdi en este periódico, en su trabajo "Juan Bautista Alberdi y *El Iniciador* de Montevideo".

afirma: "hemos podido establecer por tesis general, que el españolismo es la esclavitud" (*ibidem.*: 9).

Sobre la utilización de Larra como figura a través de la que proyectar el antiespañolismo, Dardo Cúneo, en su libro *Sarmiento y Unamuno*, recuerda que este último destacó el fervor hispanoamericano por el romántico español ("Larra fue —escribió Unamuno [*Ensayos*, tomo 7]— uno de los escritores afrancesados más leídos e imitados por aquel tiempo en América"), para citar a continuación el fragmento en el que Alberdi, en *La Moda*, realizó la siguiente reflexión sobre la muerte de Larra:

> Los que deseen ver una muestra cabal de una literatura socialista y progresista, lean a Larra. Bajo sus formas, al parecer ligeras, hallarán, sin embargo, el espíritu más serio y más profundo. Este talento inimitable se ha quitado la vida: se ha dicho que por una mujer. Lo creemos, pero esa mujer para nosotros es España. Es la mujer insoportable de que se queja en todos sus escritos, y de la cual no ha podido verse libre, sino a merced de una onza de plomo. ¡Pobre Larra! ¡Y tan joven, tan hábil, tan gracioso, tan patriota! ¡Ah, España! ¡Ah, España! ¡Ah, España! (en Cúneo: 1997)[8]

Pocos años después, Sarmiento volvería sobre Larra con una admiración que era compartida por la "Generación del 37" argentina (cuyos integrantes era fervorosos lectores e imitadores de Larra) y, en general, por los románticos hispanoamericanos. L. Lorenzo Rivero reconstruyó y profundizó en la influencia de Larra en Sarmiento y los paralelismos entre ambos en su libro *Larra y Sarmiento: paralelismos históricos y literarios*. Y Eduardo Segovia Guerrero, en su *España en la obra de Domingo Faustino Sarmiento*, dedica también atención a las coincidencias y afinidades entre Larra y Sarmiento, que resume con exactitud:

> ...tanto Larra como Sarmiento, hombres de su tiempo, coinciden tanto en el análisis de las causas que provocaron los "males" de sus respectivos países, como en las soluciones a que debía apelarse para superarlos. Desde las perspectivas liberales y progresistas, atacan a los regímenes absolutistas, ya fueran el caudillismo americano o el carlismo español, causantes del atraso

8 Tras la cita, Cúneo añade: "Y es con este comentario de acusación que aquel cronista argentino —en noviembre del 37— formula exacta tesis de interpretación sobre la muerte de Larra y anticipa el juicio moderno acerca de ella. Un siglo después, Antonio Machado ratificaba a Alberdi: 'Anécdota aparte, Larra se mató porque no pudo encontrar la España que buscaba, y cuando hubo perdido toda esperanza de encontrarla. ¿Fue un error? Acaso, aunque perfectamente sincero y maduro. La muerte de Larra me recuerda el suicidio de un personaje de Dostoiewski, que se mata cuando cree haber averiguado que Rusia no sería nunca un gran pueblo. El ruso se equivocaba, sin duda. ¿Se habría suicidado Larra si, en el Madrid de su tiempo, hubiera logrado ver algo del Madrid de nuestros días?'" (Cúneo, 1997: 143).

> intelectual, de la pobre situación económica y el desorden que reinaba en ambos pueblos. Son partidarios, sí, del desarrollo de la educación popular, de la tolerancia religiosa, de la libertad de creación intelectual y de prensa, del fomento de los medios de comunicación para superar los desiertos y la dispersión de las poblaciones que mantienen en la pobreza tanto a Castilla como a las pampas argentinas. Ambos usan la expresión europeizar y la postulan para sus países, a los que era necesario incorporar para el "mundo moderno" respecto del cual permanecían marginados. Para ambos el modelo a imitar era Francia. [...] Así como Larra critica a la España de 1830, Sarmiento criticará a la España de 1840... (Segovia Guerrero, 1986: 167-168)

Teniendo en cuenta tan estrechas afinidades ideológicas hay que leer el artículo que, en 1841, Sarmiento escribió en *El Mercurio* de Santiago de Chile: "Las obras de Larra". En intelectual argentino comienza destacando a los "genios" que en España están surgiendo para, frente al tradicional oscurantismo, lidiar la "descomunal batalla contra las costumbres indolentes, las añejas preocupaciones y los arraigados abusos" (Sarmiento, 1979: 307). Desde esta perspectiva crítica, el primer párrafo del artículo nos sitúa ante una España caduca que, sin embargo, comienza a producir esos "genios" entre los cuales Larra va a ser, para Sarmiento, el paradigma. El motivo de este encumbramiento se encuentra en las siguientes líneas del artículo:

> De aquí es que en los países que acaban de conquistar su libertad, es necesario [...] que la sátira, ridiculizando errores envejecidos, retraiga de ellos a los jóvenes [...]. Los pueblos que entran de improviso en los caminos que conducen a la libertad, más apego tienen a sus preocupaciones y a sus antiguos hábitos, que amor verdadero y entrañable a la libertad misma... (*Id.*)

Es decir, que para salir de esa situación de letargo, una vez conseguida la independencia política, se imponía la necesidad de romper los moldes del coloniaje que pervivieron en el siglo XIX, y para ello la sátira —ejercida desde todos los ámbitos públicos—, resultaba para Sarmiento de crucial relevancia. Larra se comienza a dibujar en el artículo, de este modo, como maestro idóneo para las nuevas generaciones de pensadores latinoamericanos que habían de alentar esa labor de urgente ruptura. *Fígaro* viene entonces a perfilarse a través de su asimilación con el que ha sido tradicionalmente aclamado por la intelectualidad hispanoamericana como modelo universal por antonomasia de una identidad espiritual, don Quijote. Su figura es utilizada por Sarmiento para encumbrar a Larra como nuevo quijote de su tiempo:

> Quijotes, pues, se necesitan, que buscando aventuras y trabando por doquier caballerescas pendencias, extingan estos últimos restos de una época decrépita, aunque los nuevos paladines hayan de salir molidos y asaz mal

> parados de la contienda; y la España ha producido ya algunos que han desempeñado con harta gloria la gran misión de su época. El joven Mariano J. de Larra, de tan cara memoria, es uno de estos espadachines de tinta y papel que acometiendo de recio contra las costumbres rutinarias de su patria, contra un orgullo nacional mezquino y mal alimentado, contra hábitos de pereza y abandono, supo abrirse paso por entre la enemistad y el odio de sus contemporáneos a quienes hirió de muerte en sus preocupaciones, labrándose una reputación que le sobrevivirá largo tiempo, y que es hoy uno de los raros y gloriosos timbres de la corona literaria de la España moderna. (*ibidem*: 308)

La alabanza posterior a los artículos periodísticos de Larra se construye sobre una segunda percepción: no sólo es genio sino también sabio, pero "sabio sin ostentación, profundo sin pedantismo y elocuente sin énfasis" (*id.*). Esta actitud, unida a la sátira mordaz que no tuvo enojo en lanzar sin tapujos contra la sociedad y sus males, es la que Sarmiento ensalzó y reconoció en su potencial aplicación para cualquier situación nacional inestable, y por ello Larra se convirtió en modelo para Argentina: "Larra, decimos, ha introducido en su país un género de literatura que por todas partes se esfuerzan en imitar, y que hace de sus escritos un legado y un patrimonio para los pueblos que hablan la lengua castellana, a cuyas costumbres y necesidades se adaptan maravillosamente"(*id.*). Fundamentalmente porque para Sarmiento todos los vicios de que adolecían las naciones latinoamericanas eran reproducción y herencia de la "madre".

Por último, el argentino concluye con el encomio de las facetas de Larra como poeta dramático y como crítico teatral, y con una revalorización final de su obra completa como "el libro más popular que pueda ofrecerse a los lectores que hablan la lengua castellana, y aun para los extranjeros no carece de interés, si no como un modelo de idioma, como la crítica más picante y más característica de la época y de las costumbres españolas" (*ibidem*: 309).

Idéntica opinión expresaría cinco años después Esteban Echeverría, en 1846, en el texto "Ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 37", en cuyo apéndice polemiza con Alcalá Galiano sobre las relaciones entre la literatura española e hispanoamericana tras la independencia[9] y nuevamente rescata a Larra como modelo: "Sea cual fuere la opinión

9 Los términos en que se desarrolla la polémica se encuentran resumidos en el primer párrafo del texto de Echeverría: "Al concluirse la impresión de este escrito, hemos leído en los números 234, 35 y 36 de *El Comercio del Plata*, un artículo titulado 'Consideraciones sobre la situación y el porvenir de la literatura Hispanoamericana', en el cual el señor Alcalá Galiano, literato español, asegura que la literatura americana 'se halla todavía en mantillas'; y explicando este fenómeno por consideraciones que no revelan sino una suma ignorancia del verdadero estado social de la América, el señor Galiano lo atribuye a haber

del señor Galiano, las únicas notabilidades verdaderamente progresistas que columbramos nosotros en la literatura contemporánea de su país, son Larra y Espronceda; porque ambos aspiraban a lo nuevo y original, en pensamiento y en forma" (Echeverría, 1948: p. 90).

Si nos trasladamos al Perú, también Manuel González Prada aprendió la lección de *Fígaro* en lo referente a la necesidad de atacar desde la prensa a los hombres públicos en el ámbito de una política dominada por la corrupción, y en el contexto de un país, el Perú de finales del XIX, en el que como él mismo denuncia, "no existe, pues, libertad en el diario ni independencia en el diarista" (González Prada, 1976: 93), a diferencia de los países más civilizados. Esta denuncia es la que desarrolla en su imprescindible artículo "Libertad de escribir", de 1889, cuando sus famosos discursos del Politeama y del Olimpo estaban siendo vetados en la prensa limeña, fundamentalmente por la coerción oficial. El artículo es un recuento de acusaciones, que no desdeñan la crítica mordaz, de la que Larra fue maestro indiscutible: "Nuestros gobernantes se consideran como ungidos del Señor, como fetiches que no podemos tocar ni para sacudirles el polvo. No aguantan más golpes que el del incensario" (*ibidem*: 95). Pero la impronta de Larra no sólo es un eco en el artículo, sino que aparece explícitamente mencionado como referente esencial para la crítica: "Lo que irónicamente dijo Larra de la *berruga* y de la *moza* debe tomarse a lo serio, si para derribar, por ejemplo, a un mal ministro, hacer destituir a un juez prevaricador o dar en tierra con un prefecto rapaz, no se conoce medios más eficaces que cebarse en la *moza* y la *berruga*" (*ibidem*: 96)[10]. En esta línea de pensamiento, González Prada planteó la urgencia del ataque directo: "En vez de alusiones hipócritas y solapadas, en vez de murmuraciones callejeras o comunicados anónimos, venga el leal y desembozado ataque al grupo y al individuo" (*id.*). Todo ello resulta en una defensa del oficio del periodista como verdadero político de acción:

> Cierto, el individuo que no se ingiere en las luchas políticas y vive modestamente confinado en la penumbra del hogar, puede exigir el silencio y el

los americanos 'renegado de sus antecedentes y olvidado su nacionalidad de raza': por lo cual parece buenamente aconsejarles vuelvan a la tradición colonial, o lo que es lo mismo, se pongan a *remolque* de la España, a fin de que su literatura adquiera 'un alto grado de esplendor'" (Echeverría, 1948: 87-88).

10 En referencia al artículo de Larra titulado "La polémica literaria", en el que planteó la necesidad de atacar directamente al adversario aunque fuese con la crítica a las cuestiones más superficiales: "¿Qué más tiene el adversario? ¿Tiene alguna verruga en las narices, tiene moza, debe a alguien, ha estado en la cárcel alguna vez, gasta peluca, ha tenido opinión nula...? [...] Fuera, pues, razones, señor mío; látigo y más látigo: no sé qué sabio ha dicho que las más de las cuestiones son cuestiones de nombre; aquí, amigo mío, las más son cuestiones de personas" (Larra, 2002).

> olvido; a nadie toca, nadie tiene derecho de tocarle; pero el hombre que se lanza a la contienda pública y osadamente se expone a la luz meridiana en calles y plazas, no debe lamentarse al verse examinado con microscopio y descrito en sus más minuciosos rasgos intelectuales, morales y físicos: sube al escenario, y todos adquieren derecho de aplaudirle o silbarle.
> Y conviene no reconocer diferencia entre el político de acción y el periodista; considerándole como un político pasivo: el hombre que se instituye juez o acusador de los gobiernos, director espiritual de las muchedumbres y propagandista o defensor de una idea, ese hombre ejerce una función pública: pertenece a todos como el actor y el político. (*ibidem*: 97)

La conclusión de González Prada nos recuerda la lección principal que dejó Mariano José de Larra para la España venidera:

> Una sola cosa debemos a nuestros semejantes, la verdad; por lo demás, siendo irrefragables como un axioma, podemos ser violentos como una tempestad. No importa que a la altivez y franqueza en el hablar llamen difamación los pecadores: hipócritas, pero no arrepentidos, que sientan zumbar el azote justiciero (*Id.*)

Ese zumbido es el que González Prada y tantos otros intelectuales hispanoamericanos hicieron resonar al otro lado del Atlántico, a través de diversas tribunas entre las cuales la prensa fue absolutamente fundamental. Larra cruzó así el Atlántico tras su muerte para predicar, a través de otras voces, una lección de vital aplicación en el convulso siglo fundacional de las naciones latinoamericanas: el compromiso con la verdad frente a la decadencia moral, la corrupción y la injusticia. Los seguidores americanos de Larra combatieron estos males endémicos de las constituciones nacionales latinoamericanas con los mismos tonos y similares pinceles. Y aunque los cuadros americanos resultantes fueran cualitativamente distintos ante la singularidad de cada escenario histórico, social y político, la silueta de Larra quedó impresa como trasfondo indeleble de lo que, desde entonces, se convertiría en uno de los ejes vertebradores más sobresalientes de la literatura hispanoamericana contemporánea: el compromiso social del escritor.

BIBLIOGRAFÍA

ALBERDI, Juan Bautista, *La Moda*, reimpresión facsimilar, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1938.

ÁLVAREZ ARREGUI, Federico, "Larra en España y en América" [*Ínsula*, 188-189, (1962)], en *Mariano José de Larra*, Rubén Benítez (ed.), Madrid, Taurus, 1979.

CORNEJO POLAR, Jorge, *El costumbrismo en el Perú. Estudio y antología de cuadros de costumbres*, Lima, Ediciones COPË, Petroperú S.A., 2001.

_____, *Estudios de literatura peruana*, Lima, Universidad de Lima, Banco Central de Reserva del Perú, 1998.

_____, *Felipe Pardo y Aliaga, el inconforme*, Lima, Universidad de Lima y Banco Central de Reserva del Perú, 2000.

_____, "Relaciones entre el costumbrismo peruano y el español", *Cuadernos hispanoamericanos*, 539-540 (1995), pp. 59-62.

_____, "Costumbrismo y periodismo en el Perú del siglo XIX", en *Estudios de Literatura Peruana*, Lima, Universidad de Lima y Banco Central de Reserva, 1998, pp. 75-105.

CÚNEO, Dardo, *Sarmiento y Unamuno*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1997.

ECHEVERRÍA, Esteban, *Ojeada retrospectiva* (Montevideo, *El Nacional*, 1846), en *Dogma socialista y otras páginas políticas*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2001. Edición digital a partir de la edición de José M. Díez, Buenos Aires, Ediciones Estrada, 1948.
URL:< http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=4915>

GONZÁLEZ PRADA, Manuel, "Libertad de escribir", en *Páginas libres. Horas de lucha*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1976.

GUIRARDI, Olsen A., "Juan Bautista Alberdi y *El Iniciador* de Montevideo". URL: <www.acaderc.org.ar/doctrina/articulos/arteliniciador/at_download/file> (consulta realizada el 2 de febrero de 2010). En nota se advierte que este trabajo es parte del capítulo de un libro en preparación.

LARRA, Mariano José de, "La polémica literaria", Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002.
URL: <http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=7799&portal=51>

LORENZO RIVERO, L., *Larra y Sarmiento. Paralelismos históricos y literarios*, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1968.

MARTÍNEZ, José Luis, *Unidad y diversidad de la literatura latinoamericana*, México, Cuadernos de Joaquín Mortiz, 1972.

MONSIVÁIS, Carlos, *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México*, México, Ediciones Era, 1980.

PÉREZ SALAS, María Esther, *Costumbrismo y litografía en México*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, 2005.

PRIETO, Guillermo, en Carlos J. Sierra (comp)., *Guillermo Prieto*, México, Club de Periodistas de México, 1962.

SARMIENTO, Domingo Faustino, "Las obras de Larra", en *Mariano José de Larra*, Rubén Benítez (ed.), Madrid, Taurus, 1979.

SEGOVIA GUERRERO, Eduardo, *Quinto Centenario*, 11 (1986), pp. 163-178.

SPELL, Jefferson Rea, "The Costumbrist Movement in Mexico", *Publications of the Modern Languages Association*, 50 (1935).

VERDEVOYE, Paul, *Costumbres y costumbrismo en la prensa argentina (1801-1834)*, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1994.